



LA SOCIALIZACIÓN DE LOS HIJOS EN LAS FAMILIAS MONOPARENTALES

ALICIA ARROYO MORCILLO (*)
MARIO DOMÍNGUEZ SÁNCHEZ (**)

RESUMEN. Tradicionalmente, las ciencias sociales han considerado a las familias monoparentales como una desviación de la familia nuclear y, en consecuencia, como un modelo negativo para la sociedad y los individuos, al tiempo que han destacado su incapacidad para educar a los niños de una manera normalizada. El interaccionismo simbólico y la realización de entrevistas en profundidad han constatado la existencia de una serie de ventajas y desventajas de la socialización en las familias monoparentales derivadas de la propia estructura de tales familias, sin implicar necesariamente ninguna patología. Muchos de los problemas asociados a estas familias en la educación de los hijos parecen ser generados por situaciones de desventaja económica y riesgo de pobreza, y no tanto por la estructura familiar *per se*. Además existen otros factores como la comunicación y la afectividad, fundamentales para el desarrollo personal de los niños.

SOCIALIZACIÓN: LAS APORTACIONES DEL INTERACCIONISMO SIMBÓLICO

A través de la socialización podremos comprender de qué modo el ámbito de la personalidad y el contexto social interactúan en una suerte de proceso con el fin de encontrar sentido recíproco. La socialización es un proceso complejo con resultados inciertos y a veces caprichosos, que da lugar a la aparición de distintas concepciones en los planteamientos teóricos y, por consiguiente, en las distintas formas de evaluar la realidad social. No obstante, las diferentes perspectivas así como

las diferentes opciones estratégicas, intereses o propósitos que se centran en este campo, por opuestas que se muestren, lejos de oscurecer el concepto, permiten una profundización teórica que le da mayor fuerza explicativa e indica la presencia de suficientes coincidencias como para complementarse mutuamente una vez superadas ciertas limitaciones.

La complejidad amalgamada en torno a la socialización requiere que planteemos, aunque sea brevemente, las aportaciones teóricas sobre tal asunto desde la perspectiva del Interaccionismo Simbólico (IS), por ser la más pertinente para nuestro análisis.

(*) Universidad Rey Juan Carlos.

(**) Universidad Complutense de Madrid.

Respecto a la socialización, encontramos distintas perspectivas en la literatura científica, entre las que se muestran relevantes dos orientaciones teóricas. Una es la que entiende la socialización como el resultado normal que viene dado por la conformidad suficiente con las pautas sociales, en cada uno de los miembros de una colectividad, para que, por una parte, cada persona se *adapte* y se *integre* en una colectividad, y para que, por otra, ésta pueda mantenerse y perdurar. Es decir, aprecia como valor central de la socialización el mantenimiento y la reproducción del orden social —a modo de imperativo social— y concede poca relevancia a las circunstancias personales. Por otro lado se sitúa el interés teórico por el desarrollo de los atributos humanos básicos, mediante los que el individuo puede intervenir en su medio social y desde el que adquieren significado sus acciones.

En la práctica académica el primer enfoque ha correspondido por tradición al punto de vista sociológico, en su versión más estructural, desde la cual la socialización es ante todo un proceso de internalización de papeles. El segundo enfoque, en la medida que es un aprendizaje básico de la personalidad, ha estado dentro del dominio de la psicología social y de la sociología de la acción. El primero pone el acento en la sociedad, mientras que el segundo en el desenlace de la identidad. En ambos casos, sin embargo, se examina un proceso único mediante el que el individuo se convierte en miembro activo del grupo.

Pues bien, precisamente uno de los principales objetivos del pensamiento de G. H. Mead como figura estratégica central de la escuela de Chicago y del IS consistió en terminar con la tradicional dicotomía entre individuo y sociedad, de forma que se pudieran reunir los puntos de vista en ellos enfrentados. A diferencia del modelo de determinismo cultural de otros autores como Durkheim o Parsons, centrado en mantener el sistema establecido mediante

el control social, el IS concede mayor importancia a las acciones de los sujetos: no se trata únicamente de mantener las reglas sociales establecidas, sino de que éstas pueden ser modificadas según las redefiniciones de la situación que realizan los propios sujetos. Por otro lado, la postura superadora del individualismo queda suficientemente establecida desde los postulados iniciales de esta escuela: en la formación de la conciencia de «sí mismo» es esencial la interiorización del «otro». El *yo social* no es otra cosa que el conjunto de imágenes que de mí mismo creo ofrecer a los ojos de los otros. Con la misma intención, Mead plantea y reitera que la emergencia del *self* no es posible sin la presencia de la sociedad, e incluso que la trama social es anterior a la autoconsciencia. Así, uno puede llegar a ser autoconsciente o ser consciente de sí mismo como un *yo* sólo adoptando la actitud del *otro* hacia la propia conducta de uno, y respondiendo al propio comportamiento como lo hacen *el otro* o *un otro*.

Gracias a esta posición teórica que trata de integrar la visión estructuralista con una sociología y psicología social de la acción, el IS inicia una perspectiva desde la que se intenta *comprender* y explicar los cambios sociales, así como las interpretaciones que los sujetos hacen de cada situación. Surge pues como un paradigma *interpretativo* y no normativo, con un fuerte carácter pragmático.

En efecto, desde un punto de vista *práctico*, como le gusta a Mead enfocar la realidad, y con vistas a aplicar la teoría al estudio que nos ocupa, podemos concretar que *el otro generalizado* que vamos descubriendo en la socialización de los hijos va a depender de manera importante de las características concretas de los primeros modelos de convivencia. En lo referente a los menores de familias monoparentales, una característica común es que para algunos sus primeras experiencias se desenvuelven entre familias con cierta incidencia

en problemas sociales (sobre todo económicos) o con una dependencia simbólica resultante de la imitación de modelos estandarizados de grupo familiar (familia nuclear biparental asimétrica); pero también encontramos efectos positivos poco estudiados frente a los valores dominantes de la familia estandarizada, como son una mayor autonomía y responsabilidad de los adolescentes y una buena comunicación intrafamiliar. En cualquier caso, y desde esta realidad, la adecuación de los comportamientos de los hijos de familias monoparentales respecto a las normas de conducta socialmente dominantes va a estar prescrita por la distancia que se dé entre su particular «grupo de pertenencia» y la definición social institucionalizada. En este singular momento es donde se resuelve la conflictividad entre los dos itinerarios que consideramos resumen de las posibilidades iniciales propias de los hijos de las familias monoparentales: la emancipación o la marginación.

En la opción de una u otra vía van a tener especial relevancia, sobre todo en este colectivo, los siguientes aspectos:

- Por una parte, la necesidad del niño de percibir en la persona con la que se identifica alguna competencia o valor que a él le gustaría poseer. Con ello queremos referir que la identificación en el menor demanda especialmente un modelo que tenga *algo* digno de ser admirado, con la dificultad añadida de reunir en un solo sujeto las funciones diferenciadas de «padre» y «madre».
- Por otra parte, el niño necesita sentir seguridad en el modelo. Esto se produce cuando el menor percibe estabilidad en las actitudes y comportamientos de sus modelos de identificación. Si esto se da, el niño aprenderá a *anticipar* las reacciones del *otro* desde las que podrá orientar su propia acción. Es decir,

irá internalizando su relación con el modelo y aprenderá a organizar con antelación su propia conducta, y con ello practicará la *demora*, tan crucial en la emancipación personal del pensamiento de Mead.

Por tanto, la existencia o la capacidad de desarrollar, como reconoce Giddens, modelos consistentes en vínculos emocionales tempranos más que en un modelo fijo —la familia nuclear biparental asimétrica, demandada por la ortodoxia académica— va a ser esencial para que el niño pueda anticipar la reacción que provocará su conducta y a través de ella (de la conducta) pueda disponer de la capacidad necesaria que guíe sus respuestas y le permita desarrollar en plenitud su propio episodio biográfico.

Frente a este *desideratum* para la autonomía, los menores objeto de nuestro estudio pueden encontrar, sin embargo, algunos inconvenientes que son claves en su versátil proceso de socialización. El estudio que presentamos tratará de analizar algunos de los posibles inconvenientes.

- En primer lugar, se aprecia cómo su *propio yo* deviene circunstancial debido a la inestabilidad simbólica que experimenta en su entorno de procedencia. Por lo general, nacen en un entorno, si no vacío de identidad, sí al menos carente del sentido simbólico de ente completo satisfecho por las figuras del «padre» y la «madre», lo cual supuestamente les impide acceder con naturalidad a las necesarias interacciones sociales de convivencia.
- En segundo lugar, el tránsito simbólico que se suele producir entre la familia propia y la considerada como modelo estándar de referencia, provocando una ruptura en las orientaciones básicas del *self*, de manera tal que la motivación que podía llevar del *self existente* al *self*

deseado queda modificada sin la garantía de que sus expectativas alberguen la certidumbre para su continuidad. Esto se puede rastrear en las orientaciones respecto a la figura del «padre» y su presunta función disciplinaria. Otra alternativa consiste en que los propios progenitores hayan recorrido y adaptado el mencionado tránsito simbólico ofreciendo a sus hijos una mayor coincidencia entre el *self* deseado y el *self* existente.

- En tercer lugar, dichas orientaciones también quedan marcadas al constatar que la monoparentalidad puede estar asociada e incluso agudizar situaciones de vulnerabilidad económica y pobreza, debido al hecho de que la presencia de hijos, la ausencia del otro cónyuge, las carencias educativas y económicas, así como la inexistencia de infraestructuras adecuadas dificultan sobremedida la práctica del trabajo cualificado; si bien es cierto que las madres que encabezan este tipo de hogares presentan unos niveles de participación laboral más elevados que las madres que viven en pareja, aunque generalmente en trabajos escasamente cualificados y precarios.
- Por último, y como consecuencia de los tres puntos anteriores, es frecuente que los modelos socializadores tiendan a reaccionar de maneras distintas, e incluso opuestas, ante unos mismos hechos. En algunos casos, esto produce una lógica desorientación según la cual, de no rectificarse por la vía alternativa de un tejido social remozado—ambientes participativos— el niño deja de aprender a pronosticar las consecuencias que sus actos producen en *el otro generalizado*, lo cual se traduce en problemas de integración social y escolar.

En consecuencia, el menor de una familia monoparental se encuentra ante un dilema en el origen de su proceso de socialización que, o bien es resuelto con los medios compensadores de esta tipología familiar, o por el contrario queda al azar de las vicisitudes contradictorias que le planteen el destino. Este dilema es muy similar al afrontado por cualquier menor que pertenezca a una familia nuclear biparental, y la resolución que se siga vendrá planteada por unas expectativas semejantes. Dicho de otro modo, aun cuando nos es imposible generalizar esta premisa, cabe apuntar el hecho de que la estructura familiar *per se* no implica necesariamente un determinante para los hijos. La familia sigue teniendo una enorme influencia en la socialización primaria, pero también es cierto que, en relación al pasado más inmediato, ha perdido o cuando menos se han transformado algunas de las funciones que cumplía en este proceso, y nos encontramos con la creciente presencia de otros agentes socializadores que pueden tener tanta o más influencia que los padres, tales como la escuela, el grupo de iguales o los medios de comunicación.

«SER PADRE Y MADRE», GRADO DE CONFLICTIVIDAD, VENTAJAS Y DESVENTAJAS

Existe abundante bibliografía sobre la importancia de la figura del padre y la madre en el desarrollo de la personalidad de los niños. En cuanto a las familias monoparentales, el centro de atención preferente lo constituyen los efectos negativos que la ausencia de alguna de estas figuras pueda tener en cuanto a la socialización de los hijos. De hecho, en las ciencias sociales y en particular en la psiquiatría, por lo común se han asociado las familias monoparentales—denominadas «rotas» o «incompletas»— a problemas de drogas, delincuencia juvenil y comportamiento desviado, especialmente cuando la figura del padre es la ausente.

En la actualidad se puede encontrar gran número de investigaciones sobre los pros y los contras de este fenómeno, por lo que es difícil llegar a una conclusión definitiva; sin embargo, también se ha demostrado que existía cierta parcialidad en muchas de estas investigaciones. Nuestra intención consiste precisamente en demostrar que la ausencia de uno de los cónyuges no es necesariamente negativa para el desarrollo de los hijos, al igual que a la inversa (ejemplos extremos de esto último serían los casos de malos tratos o abusos sexuales producidos en el seno de familias nucleares biparentales). En suma, la estructura familiar influye en el proceso de socialización, pero no es determinante.

Se supone que la figura del padre es la que inculca disciplina, por lo que su ausencia incide en la capacidad de los niños para internalizar las normas disciplinarias adecuadas para una integración social óptima. Por su parte, la figura de la madre es la que transmite cariño y amor, fundamentales para el desarrollo armónico de los hijos. En la familia nuclear biparental estas funciones aparecen ligadas al papel instrumental del padre y expresivo de la madre, aunque cabe reconocer que estos papeles tradicionales han sufrido cambios importantes. Así, se puede constatar que las funciones «padre» y «madre» ya no se asignan tan rígidamente según las adscripciones de género, y ello se produce en un marco donde las relaciones entre padres e hijos son más democráticas que en la generación anterior; el «padre» ha perdido protagonismo como figura autoritaria y la «madre» también conoce una actividad social exterior a la familia (trabajo asalariado, educación); resultado de los cambios sociales y de una cierta difuminación de los papeles sexuales. Pese a ello, no se ha producido una ruptura, sino más bien la continuidad o coexistencia de dichos valores y modelos de relaciones entre padres e hijos.

Por otra parte, aunque la familia sigue teniendo una influencia considerable en la

socialización primaria, también es cierto que en relación al pasado más inmediato ha perdido —cuando menos se han transformado— algunas de las funciones que realizaba en este campo. Aparecen otros agentes socializadores que pueden ejercer tanta influencia como la familia, tales como la escuela, el grupo de iguales y los medios de comunicación. Además, el proceso de socialización estudiado tiende a ser unidireccional, mientras que la perspectiva interaccionista simbólica obliga a considerarlo bidireccional: no solamente de padres a hijos, sino que también cabe aceptar que los hijos participen en la socialización de los padres, lo cual abre una interesante línea de investigación de cara al futuro.

GRADO DE CONFLICTIVIDAD EN «SER PADRE Y MADRE»

En relación a los resultados obtenidos en el trabajo de campo realizado en la tesis doctoral (inédita) de Alicia Arroyo Morcillo titulada *Las Familias Monoparentales en España, ¿una desviación u otra forma de organización social?* (2001), parece existir una cierta conflictividad experimentada en el hecho de lo que los entrevistados han llamado «ser padre y madre» al mismo tiempo, máxime al compararlo con los hijos de familias nucleares biparentales. Hay que tener en cuenta además que los ciclos vitales familiares son dinámicos, por lo que algunos niños han experimentados o vivido la mayor parte o algún período de sus vidas en una familia nuclear y otros nunca (los de madres solteras).

La multiplicidad de papeles que esta situación convoca puede ser fuente de estrés y conflicto, o motivo de enriquecimiento personal. El grado de conflictividad en este caso va a depender de una serie de factores, entre ellos los valores y creencias sobre la familia y el papel que deben desempeñar el hombre y la mujer en la socialización de los hijos. Se puede establecer un continuo cuyos polos extremos serían,

por una parte, una perspectiva más tradicional en la cual estuvieran interiorizados los papeles instrumentales y expresivos de manera diferencial y exclusiva (a pesar de que esta diferenciación no siempre haya funcionado bien en la práctica) y en el otro extremo estarían los valores más modernos en tanto que los individuos recrean a través de la interacción social y la negociación sus papeles paternos, los cuales no coinciden necesariamente con las normas y hábitos tradicionales. En este punto podemos apreciar las diferencias existentes entre las normas internalizadas respecto a las expectativas de cada papel sexual que coinciden con los valores dominantes (diferencia entre papel expresivo e instrumental) y el carácter cambiante de las estructuras y la realidad social. De esta forma, aquellos miembros de familias monoparentales que se sienten identificados más estrechamente con el conjunto de valores tradicionales sobre la familia y la división sexual de papeles, son los que deben enfrentarse a mayores retos subjetivos e ideológicos, que a su vez se plasman en obstáculos reales para abordar la educación desde la monoparentalidad.

Los principales problemas encontrados en estos progenitores en lo referente a la educación de sus hijos, junto a la falta de tiempo y la incompatibilidad más o menos grave con el trabajo, consisten en la dificultad que algunos experimentan en la adopción de decisiones, y en el hecho de tener que afrontarlo en solitario, o al menos sin el cónyuge ausente. Por otro lado, las personas que sufren precariedad económica ven limitados los recursos educacionales que les gustaría proporcionar a sus hijos como actividad extraescolar. Se trata de una circunstancia experimentada como relevante, ya que en ocasiones los problemas derivados de la situación económica se atribuyen a la estructura familiar.

En cuanto a los aspectos positivos de esta multiplicidad de papeles, podemos señalar una buena comunicación o compli-

dad con los hijos y, en comparación con las familias nucleares biparentales, una mayor responsabilidad y madurez de aquéllos, o al menos la ausencia de diferencias significativas entre la situación de los hijos de unas y otras tipologías familiares.

LIMITACIONES ECONÓMICAS Y ADOPCIÓN DE DECISIONES

La precaria situación económica de algunas de estas familias, que analizaremos en un epígrafe posterior, tiene ciertas repercusiones en la socialización de los hijos. Las principales son, por un lado, la falta de tiempo para dedicarles atención y por otro, la carencia de recursos para mejorar las oportunidades de los niños. Esto último varía desde la renuncia a actividades extraescolares, restricciones en el ocio, necesidades médico-sanitarias no cubiertas por la Seguridad Social, o incluso el no poder mantener a los hijos durante la fase de sus estudios medios o superiores.

Además de los problemas económicos que limitan las oportunidades de los hijos, un fenómeno relacionado es la falta de tiempo asociada. Se trata de un problema derivado de la incompatibilidad de los horarios laborales con los familiares, que también afecta a las familias nucleares biparentales donde trabajan ambos cónyuges, y que obliga a elegir entre bienestar económico derivado de un mayor número de horas de trabajo, o una menor renta pero más tiempo disponible para la dedicación a los hijos.

Una de las características de las familias monoparentales y sobre la que no se ha incidido lo suficiente, se debe a que la adopción de decisiones respecto a la vida cotidiana y la educación de los hijos se lleva a cabo, por lo común, de forma solitaria. Se trata de una circunstancia experimentada como dura y difícil, a pesar del apoyo de la familia de origen y del grupo de amigos, puesto que sigue considerándose al cónyuge ausente como elemento clave

en tales decisiones. Obviamente, se trata de una consideración ideal, puesto que la pareja real (ausente) no participa con el grado de implicación esperado en la educación de los hijos. En general, el estado civil u origen de la monoparentalidad no es significativo, las personas se acostumbran e incluso llegan a percibir las ventajas de adoptar las decisiones cotidianas en solitario, mientras que al principio de su situación se encontraban más confusas y perdidas. En este sentido también influye el grado de implicación del cónyuge ausente antes de la ruptura o de su muerte, así como la importancia atribuida a su papel, ya sea en sentido real o ideal.

El principal problema de esta cuestión estriba en la soledad vivida ante la responsabilidad que supone la educación de los hijos; el hecho de no compartir dicha responsabilidad se puede convertir en una experiencia difícil de sobrellevar. Con frecuencia se plantean dudas sobre la calidad de sus decisiones, aunque con el tiempo se va adquiriendo una mayor seguridad, e incluso se aprecian aspectos positivos, como por ejemplo que los niños no reciban órdenes o mensajes contradictorios o el que constaten una mejor comunicación intrafamiliar. Por otro lado, algunos consideran la autonomía o la independencia de la monoparentalidad como un aspecto ventajoso y se acostumbran a asumir decisiones por sí mismos –aún a pesar de haber perdido a la pareja conyugal– además de la satisfacción al ver cumplidas sus expectativas en la educación de sus hijos.

EFFECTOS DEL ORIGEN DE LA MONOPARENTALIDAD EN LA SOCIALIZACIÓN

El origen de la monoparentalidad no parece constituir un factor decisivo al respecto, siendo más relevante el tipo de relación que se tenía con la pareja conyugal. Así, para algunas separadas y viudas que estaban acostumbradas a asumir las decisiones por sí mismas, la pérdida o separación del

marido no ha supuesto un gran trauma en este aspecto, mientras que aquellas que se apoyaban en su cónyuge sufren más. En el caso de las madres solteras encontramos ambas situaciones, las que consideran la soledad como el mayor problema y las que se muestran satisfechas por su independencia. En suma, las actitudes y valores ante la pareja –ya sea procedente de una situación real o ideal, o la mezcla de ambas– parece tener un mayor peso en la socialización de los hijos que el origen de la monoparentalidad. Otro factor que influye es, sin lugar a dudas, el tiempo transcurrido desde la separación o muerte del cónyuge, siendo más difícil la situación durante los primeros años.

Solamente en el caso de las viudas se han observado algunas alteraciones en los hijos, ocasionadas por el impacto de la muerte del padre, especialmente cuando se trataba de un acontecimiento inesperado. En general, esta pérdida acarrea un efecto muy negativo en los niños, a los que la desaparición del ser querido les afecta de una manera más traumática por su dependencia afectiva y la dificultad de asumir una explicación del acontecimiento. Esto se puede manifestar a través de diversos trastornos en el comportamiento de los niños como la apatía general, la indiferencia hacia el entorno (esto les lleva a encerrarse en sí mismos), las conductas agresivas, etc.; de modo que con frecuencia han precisado asistencia psicológica o psiquiátrica, aunque la satisfacción con respecto a las terapias no es muy alta. El impacto de la muerte depende también de la edad de los hijos y de la actitud de la madre, así como del entorno más cercano, como la familia de origen y el colegio. Estos factores pueden ayudar o complicar la superación del trauma sufrido. Aquí es fundamental la actitud de la madre, en la medida en que ellas se han visto desbordadas por la pérdida del cónyuge y este hecho ha tenido un mayor impacto en la forma de experimentarlo por parte de sus hijos. Incluso es

posible que, por miedo a la soledad, la viuda reaccione responsabilizando a sus hijos, otorgándoles papeles de adulto que no les corresponden o evadiendo su papel de madre autoculpándose por la muerte del cónyuge.

En el caso de las madres solteras, uno de los problemas que se plantean en aquellas que habían vivido con su familia de origen, estriba en las diferencias generacionales sobre la forma más apropiada de educar a los hijos. Si bien la familia de origen es fundamental como apoyo económico y moral, también puede ser una fuente de conflicto respecto a la socialización, ya que la diferencia generacional respecto a los valores sobre la educación puede ser acusada. Por eso, estas controversias tienden a desaparecer cuando no se comparte el mismo hogar; e incluso sucede que algunos miembros de la familia de origen sirvan como modelo positivo de referencia para los hijos.

Cuando nos encontramos con padres separados y divorciados, las expectativas truncadas sobre el matrimonio van acompañadas de una decepción generalizada respecto al comportamiento del cónyuge hacia sus hijos. Cuando la relación ha sido conflictiva o problemática, entonces las ventajas de la separación son más obvias, constituyendo la tranquilidad y estabilidad de los hijos una de las principales ventajas de su nueva situación.

Por su parte, los progenitores que no conviven con sus hijos —salvo excepciones— por lo común no mantienen una relación continua con estos, sino que es más bien esporádica y superficial; de ahí las continuas quejas de sus cónyuges respecto a la inconstancia en el régimen de visitas y en su comportamiento general. Ocurre además que, en ocasiones, los padres separados que no conviven con sus hijos mantienen actitudes (desde comprarles caprichos a dejarles hacer todo lo que quieran o romper sus promesas) que suelen provocar conflictos o tensiones con la antigua

pareja. Respecto a las pensiones alimenticias, la mayoría de las mujeres separadas y divorciadas con hijos a su cargo no las reciben, a pesar de que todas las sentencias judiciales invocadas les hayan sido favorables.

Son, pues, los progenitores que conviven con los hijos quienes llevan todo el peso de la socialización: esto es, el cuidado, la educación y la adopción de decisiones —especialmente en la vida cotidiana— recaen sobre el cabeza de familia, con independencia de su estado civil o el origen de la situación de monoparentalidad, aunque haya algunos matices diferenciadores sobre el modo de experimentar dicha experiencia. Las dificultades y las ventajas percibidas son muy similares. En apariencia, las posibles dificultades que entrañan las funciones de «padre» y «madre» parecen constituir factores más relevantes que el estado civil. Los valores interiorizados sobre los papeles paternos y la capacidad de reconstrucción y redefinición de los mismos son más importantes que el origen de la monoparentalidad: para un ama de casa separada y con unos valores muy tradicionales, sus percepciones sobre las dificultades de la educación como madre sola no son muy distintas a las experimentadas por algunas viudas y madres solteras. En contraste con lo anterior, las mujeres que tienen una visión más crítica de estos papeles, en especial el femenino, contemplan esta cuestión como menos problemática, ya sean viudas, separadas o madres solteras. Por consiguiente, el origen de la monoparentalidad incide sólo de manera indirecta en la socialización de los hijos, en especial durante los tiempos iniciales de esta situación ya sea por viudedad o separación, pero una vez superada la primera etapa crítica, la vida cotidiana y los avatares del día a día se asimilan como normalizados, perdiendo entonces importancia el estado civil.

En definitiva, el grado de conflictividad esperado por el estrés de papeles debido al hecho de ser «padre» y «madre» a un

tiempo, está determinado no tanto por la situación civil o el origen de la monoparentalidad, sino ante todo por la situación económica así como por la percepción que previamente se sostenía respecto de los papeles sexuales en la familia y si estos no se han transformado junto con el cambio en el ciclo vital.

DISCIPLINA Y FIGURA DEL «PADRE»

Otro de los aspectos centrales ha sido la importancia atribuida a la figura del padre en la socialización de los hijos y, en particular, respecto a la disciplina. La disciplina, así como la autoridad, tradicionalmente han sido atribuidas al padre de familia, y quizás aquí resida uno de los mayores estigmas de las familias monoparentales ya que en su gran mayoría están encabezadas por mujeres. Sin embargo, cabe pensar que en la actualidad el papel de «padre» como figura autoritaria se ha transformado sustancialmente, cobrando más importancia el aspecto afectivo y un modelo de paternidad más democrático. En España, no obstante, parece producirse una coexistencia de distintos modelos: los valores tradicionales persisten en contraste con los nuevos modelos emergentes, dando lugar a una variedad notable. En ocasiones son los mismos padres quienes se encuentran con problemas a la hora de inculcar la disciplina a sus hijos, y lo mismo no sucede por igual a todas las mujeres, lo cual muestra el cambio que están sufriendo los papeles paternos y maternos.

En la misma línea de argumentación expuesta en el epígrafe anterior, los cónyuges que tienen una visión más tradicional de la familia y la pareja acusan más las nuevas situaciones de monoparentalidad o la necesidad de asumir la educación de los hijos en solitario, por lo que reside en esta percepción subjetiva el elemento de mayor incidencia en el modo de afrontar los avatares de la vida cotidiana que la situación

económica o el origen de la monoparentalidad generan.

En términos generales, el padre es el gran ausente de este tipo de familias, no sólo en el caso de las que tienen como cabeza de familia a viudas y madres solteras, sino también en el caso de aquellas formadas por madres separadas y divorciadas. Por lo común, los padres y madres que no conviven con sus hijos no están involucrados en su educación, ni siquiera en los aspectos más cotidianos de ésta. Sin embargo, la persistente trascendencia de la figura del «padre» hace que éste se mantenga como elemento recurrente, en particular respecto a las cuestiones concernientes a la disciplina.

Las mujeres con una ideología más tradicional de las relaciones familiares otorgan más importancia a este asunto que otras, y en ocasiones se produce un discurso contradictorio respecto a la situación que consideran ideal y la realidad de su situación familiar. Por ejemplo, las madres que contemplan lo esencial de su papel en términos de transmisión de cariño y amor —mientras que el del padre estriba en inculcar la disciplina— se encuentran con mayores dificultades que otras como agentes de socialización. En ocasiones, las consecuencias de la ausencia del padre no se consideran negativas para los niños, sino que más bien están restringidas de modo exclusivo a las dificultades ya mencionadas respecto a la adopción de decisiones y los actos cotidianos propios de la socialización, así como la falta de recursos que posiblemente serían mayores si hubiera otro adulto.

Por el contrario, otras mujeres consideran que la figura del padre no es imprescindible y que un niño puede educarse sin problemas pese a la ausencia de éste. Semejante visión coincide, por lo común, con una opinión más crítica o más abierta respecto a los papeles sexuales que se detentan en el interior de la institución familiar. Las personas que piensan de esta

manera no tienen tan interiorizada la diferenciación exclusivista de los papeles expresivos e instrumentales de los sexos, lo cual les proporciona una ideología distinta a la tradicional, facilitándoles asumir su situación de forma más normalizada sin acusar tanto las carencias de la ausencia del padre. No obstante, son conscientes de que el hecho de formar parte de una minoría puede crear complejos o problemas a sus hijos. Hay que añadir además que en el caso de las relaciones conflictivas o violentas, tanto la ruptura como la posterior ausencia del padre se vive como una ventaja más que como un problema para los niños. De hecho, puede ocurrir que sean los mismos hijos quienes animen a adoptar la decisión definitiva de la separación.

Por tanto, el impacto de la ausencia del padre está ante todo en función del tipo de relación que se tenía antes de la ruptura o muerte. A pesar de que pudiera tratarse de una relación distante, para los niños sigue siendo una experiencia traumática (incluso pueden identificar la separación con fallecimiento). Los hijos de las madres solteras, al no haber conocido nunca la figura del padre, no se enfrentan al problema de la separación o pérdida y no sufren la consiguiente experiencia traumática de la ruptura o muerte.

Además de la disciplina, otros aspectos relevantes para los hijos de familias monoparentales suele ser la posibilidad de hablar con sus padres. En este sentido, es más probable que las madres piensen que es necesaria la figura del padre, o viceversa: que los padres a cuyo cargo está la unidad familiar monoparental piensen que las madres (ausentes) tienen más facilidad para comunicarse con los hijos.

INTEGRACIÓN ESCOLAR

En la actualidad, la educación —como acto fundamental de la socialización— en gran medida se ha desplazado de la familia a las diversas instituciones de enseñanza, de

modo que, con frecuencia, los niños pasan más horas en el colegio y/o realizando actividades extraescolares que con sus padres. No obstante, aunque la familia sigue desempeñando un papel esencial en la socialización primaria, la escuela se ha convertido de facto en un agente socializador fundamental, no sólo secundario sino también primario, y ello no tanto por la transmisión de conocimientos académicos sino de las conductas y valores sobre diferentes ámbitos de la vida cotidiana, la competencia, la cooperación, el trabajo en equipo, las relaciones informales entre grupos de iguales, las relaciones de género, etc.

Las posibles dificultades escolares no sólo afectan a las familias monoparentales; sin embargo, con demasiada frecuencia se identifican los divorcios o separaciones y las familias monoparentales con el fracaso escolar; de modo paralelo, se presentan otras estructuras familiares con diversos atributos de integración escolar y de éxito académico. Es difícil encontrar algún indicio que permita establecer una relación causal directa entre familia monoparental y fracaso escolar o problemas de adaptación, cualquiera que sea el origen de la monoparentalidad. En realidad, las mayores limitaciones en lo relativo a la integración escolar, se derivan de la precariedad económica que limita considerablemente las posibilidades de una educación prolongada, en especial si consideramos los ciclos superiores o también las actividades extraescolares que pudieran reforzar el éxito académico. También cabe señalar la importancia del nivel cultural y el propio interés de los padres en los estudios de los hijos.

Así pues, respecto a la integración escolar, lo único que podemos encontrar son experiencias particulares de rechazo o prejuicio por parte de algunos educadores, pero el impacto de estos hechos no se contradice con la tendencia general, siendo mínimo, al tratarse de situaciones puntuales que carecen de repercusiones relevantes a

largo plazo. El mismo motivo de rechazo o prejuicio coyuntural puede aplicarse a los componentes de otros ámbitos de integración, como pueden ser los grupos de iguales, pero con similar repercusión.

DESVENTAJAS ECONÓMICAS

En términos generales la monoparentalidad presenta unas características propias en la sociedad española, asociándose en muchos casos a situaciones de precariedad y vulnerabilidad económicas (Moreno Mínguez, 2000, pp. 43-47). En España, según el último *Censo de la Población*, el aumento de este tipo de hogares encabezados por mujeres (que representan el 84,5% del total de hogares monoparentales) ha sido especialmente significativo en el período comprendido entre 1981 y 1991. Como consecuencia de esta feminización de la monoparentalidad se ha incrementado la vulnerabilidad económica y la tasa de pobreza de este tipo de hogares, superior a la media del conjunto de hogares europeos (Ayala *et al*, 1998).

Según el estudio realizado por Tobío Soler y Fernández Cordón (1998, p. 72), basado en la explotación del 5% de los hogares del *Censo de 1991*, lo más destacado de la monoparentalidad moderna española es el cambio de la composición interna de estos hogares, teniendo mucho mayor peso que en el pasado las madres divorciadas y separadas, así como las solteras. Por lo común, la transición a la monoparentalidad supone una dura prueba para estas mujeres, ya que suelen salir económicamente malparadas, debido a que la escasa formación y cualificación recibidas favorecen la dependencia económica respecto del marido y erosiona sus potenciales oportunidades de integración en el mercado laboral tras la ruptura matrimonial. Este hecho las limita a la hora de buscar estrategias de incorporación al mercado de trabajo y de supervivencia económica, al tiempo que les fuerza a hacerlo. Quizá esté

aquí la explicación a la desigual participación femenina en el mercado laboral según el tipo de estructura familiar a la que pertenece (Moreno Mínguez, 2000, p. 44). Así, el porcentaje de mujeres activas dentro del conjunto de núcleos monoparentales con algún hijo menor de 16 años, por término medio duplica el porcentaje de mujeres que, formando parte de un núcleo familiar biparental, participan en la actividad económica.

No obstante, esta mayor tasa de actividad de las mujeres que encabezan hogares monoparentales no está en contradicción con la situación de precariedad económica que caracteriza a dichas estructuras familiares, ya que se explica precisamente como la respuesta a las condiciones económicas que tratan de solventar.

En cualquier caso, la reflexión en torno a las desventajas económicas de las familias monoparentales debe partir de la evolución de la participación laboral femenina, la cual ha estado históricamente condicionada por la situación familiar. En efecto, la integración de las mujeres en el mercado laboral ha estado supeditada tradicionalmente a su condición de madres y esposas, condición que por lo común frustraba los deseos y expectativas laborales del colectivo femenino, sobre todo en las clases sociales más humildes. Cuando las mujeres se han incorporado masivamente a dicho mercado, han tenido que desarrollar múltiples estrategias individuales para compatibilizar el trabajo doméstico no asalariado con el profesional. Sin embargo, la monoparentalidad va a dar lugar a nuevas estrategias laborales, ya que la ausencia del cónyuge parece justificar la presencia de la mujer en el mercado de trabajo, aunque en circunstancias y condiciones muy diferentes, según sea la causa originante de dicha situación y el nivel de estudios del cabeza de familia.

En muchas familias monoparentales la actividad laboral es, pues, una exigencia más que una oportunidad para integrarse

en el mercado de trabajo, y así lo estiman las mujeres que se encuentran en esta situación (Tobío Soler y Fernández Cordón, 1998, pp. 74-75). Factores como la formación educativa, el número de hijos y el género van a condicionar la incorporación de estos progenitores al mercado laboral, así como su situación económica. Algunos estudios realizados al respecto (Tobío Soler *et al.*, 1996; Tobío Soler y Fernández Cordón, 1998; Rodríguez Sumaza *et al.*, 2000; Moreno Mínguez, 2000) han puesto de manifiesto que los progenitores en situación de monoparentalidad con estudios secundarios y superiores se integran con mayor facilidad en el mercado de trabajo y desarrollan en mayor medida una actividad profesional cualificada, mientras que los que sólo cuentan con estudios primarios desempeñan actividades no cualificadas, lo que incide aún más en su situación de precariedad económica.

El nivel de estudios tiene también un efecto significativo en las condiciones de trabajo de los sujetos. Un elevado porcentaje de madres solas con reducido nivel educativo está desempeñando una actividad económica al margen del mercado laboral regulado, es decir, en el ámbito de la economía sumergida (habitualmente como empleadas de hogar). Este tipo de situaciones a las que con frecuencia se ven forzadas las familias con menos recursos económicos, supone una mayor inestabilidad en el empleo, unos salarios inferiores y una mayor desprotección laboral lo que, unido a las consecuencias de no cotizar en la Seguridad Social, aumenta el riesgo de exclusión social.

COMPARACIÓN CON LOS HIJOS DE LAS FAMILIAS NUCLEARES BIPARENTALES

La autopercepción de los miembros de las familias monoparentales tiende a subrayar la inexistencia de diferencias significativas entre sus hijos y los de familias nucleares biparentales, y en caso de producirse son

favorables a los primeros, al detectar una mayor responsabilidad y madurez en comparación con los amigos de sus hijos. Ello es debido, posiblemente, a que han experimentado un tipo de acontecimientos traumáticos, a que están acostumbrados a compartir en mayor medida las tareas del hogar y el cuidado de sí mismos y, en general, a que han tenido que asumir más compromisos que otros niños de su misma edad (aunque a veces un exceso de responsabilidad parece restarles su tiempo de infancia).

En ocasiones, comportamientos propios de la adolescencia –como dejar de estudiar repentinamente o volverse irresponsables– no se deben necesariamente a su situación familiar diferencial, sino más bien a problemas propios de la edad; aunque no deja de subyacer en la reflexión ligada a estos fenómenos un cierto complejo de culpa por parte de algunos progenitores monoparentales.

Otra cualidad que se aprecia en estos niños, a diferencia de los que viven en las familias nucleares biparentales, es la complicidad creada en la relación intrafamiliar, la cual se manifiesta en una mayor y más fluida comunicación y confianza, con la posible excepción de los padres que parecen tener más dificultades para comunicarse con sus hijos que las madres. Fruto de esta mejor relación es el hecho de que los niños y adolescentes interiorizan unos papeles sexuales menos rígidos, lo cual no es percibido como una ventaja por parte de aquellas personas que se sienten muy identificadas con los papeles tradicionales y para quienes la imposibilidad de llevarlos a cabo como consideran correcto, les acarrea frustraciones y problemas diversos.

La incapacidad para superar el trauma de la separación o del fallecimiento del cónyuge ausente puede suponer la inadaptación al entorno de los niños objeto de estudio, aunque se puede afirmar que en la medida en que pasa el tiempo y se estabiliza la situación, es factible la superación

de dicho trauma y la consiguiente maduración que ello supone. Más importancia en términos de integración social, en especial para los adolescentes y casi adultos, parece ser la variable económica, por cuanto supone una dificultad en el sentido de imposibilitar la continuación de los estudios superiores y la diferencia de oportunidades que ello puede generar.

En suma, podemos afirmar que muchos de los problemas a que se enfrentan estas familias monoparentales son comunes a los de las familias nucleares biparentales: los estudios, los amigos, la adolescencia, la compatibilidad con el horario laboral... Como característica única cabe apuntar las diferentes actitudes que genera la ausencia de uno de los cónyuges y la sensación de extrañamiento respecto a la mayor parte de las estructuras familiares. En esta dirección intervienen distintos factores, entre los que cabe destacar la importancia de las normas interiorizadas respecto a la familia y a los papeles sexuales dentro de la misma. Por ello, las personas con una ideología más tradicional se enfrentan a mayores dificultades en el trato con sus hijos, mientras que las que poseen unas ideas menos convencionales tienen menos problemas a la hora de recrear y rehacer sus papeles sexuales y paternos.

Por otra parte, se reconocen y suponen de forma más o menos explícita ciertas carencias afectivas debido a la ausencia de uno de los cónyuges, aunque al mismo tiempo se considera que ello no es necesariamente negativo. Uno de los factores que influye en este aspecto consiste en la relación que existía con el padre o madre ausentes antes de la situación de monoparentalidad, así como la posterior relación con ellos en el caso de cónyuges separados y divorciados. Por último, el tiempo de duración de esta condición familiar parece constituir también un factor relevante tanto para los cónyuges como para los hijos, por cuanto que permite el hecho de que ambos agentes aprendan

a convivir y se adapten a la nueva situación. De este modo, quienes han vivido menos tiempo en situación de monoparentalidad se encuentran con mayores dificultades, propias de la situación de cambio y las crisis recientes.

En conclusión, estamos en condiciones de sostener que los hijos de familias monoparentales no sólo están desprovistos de problemas de desviación de conductas o inadaptación derivados de la estructura familiar, sino que pueden presentar mayor madurez y responsabilidad que los niños de su edad. Esto se debe quizá a que su forma de organización familiar les ha obligado a asumir responsabilidades anticipadamente, sobre todo en cuanto a las labores domésticas. Respecto a la comunicación entre padres e hijos, al no haber otro adulto en el hogar, es posible que las relaciones se hagan más intensas y según los casos (esto es, según se trate de un padre o una madre) la actuación del único adulto tenga una mayor repercusión tanto en lo positivo como en lo negativo. Cabe señalar que la mayor problemática quizá resida en aquellas familias con pocos recursos: en ese caso, la monoparentalidad agudiza el riesgo de pobreza y los hijos ven reducidas sus oportunidades educativas, sociales y laborales. Por último, pese a todas las dificultades que puedan experimentar en su vida cotidiana, los entrevistados en general se sienten muy satisfechos y orgullosos de sus hijos.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBERDI, I.: *La nueva familia española*. Madrid, Taurus, 1999.
- AMATO, P. R. y KEITH, B.: «Separation from a Parent during Childhood and Adult Socioeconomic Attainment», en *Social Forces*, 70, 1 (1991), pp. 187-206.
- ARROYO MORCILLO, A.: *Las familias monoparentales en España, ¿una desvia-*

- ción u otra forma de organización familiar?* Mimeografiado, 2001.
- COMISIÓN EUROPEA: *Las familias monoparentales y la pobreza*. Comisión Europea, Doc V/254/1/82. (1982).
- DOWNNEY, D. B. y POWELL, B.: «Do Children in Single-Parent Households Fare Better Living with Same-Sex Parents?», en *Journal of Marriage and the Family*, 55 (1993), pp. 55-71.
- EDIS AYALA, L. et al.: *Las condiciones de vida de la población pobre en Europa. Informe General*. Madrid: Fundación Foessa y Cáritas, 1998.
- ENTWISLE, D. R. y ALEXANDER, K. R.: «A Parent's Economic Shadow: Family Structure Versus Family Resources as Influences on Early School Achievement», en *Journal of Marriage and the Family*, 57 (1995), pp. 399-409.
- EUROGES: «El Parlamento Europeo y las familias monoparentales», en *Gabinete de Estudios Sociales*, 25 (1999).
- FERNÁNDEZ CORDÓN, J. A. y TOBÍO SOLER, C.: «Las familias monoparentales en España», en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 83 (1998), pp. 51-85.
- «Monoparentalidad, trabajo y familia», en *Revista Internacional de Sociología*, 22 (1999), pp. 67-97.
- IGLESIAS DE USSEL, J. (ed.): *Las familias monoparentales*. Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales, Instituto de la Mujer, 1998.
- MCLANAHAN, S. y SANDEFUR, G.: *Growing Up with a Single Parent. What Hurts, What Helps*. Cambridge, Harvard University Press, 1994.
- MADRUGA, I. y MOTA, R.: *Las condiciones de vida de los hogares pobres encabezados por una mujer*. Madrid: Fundación Foessa y Cáritas, 1999.
- MORA, G.: «Familias monoparentales: desigualdades y exclusión social», en J. F. TEZANOS (ed.): *Tendencias en desigualdad y exclusión social. Tercer Foro sobre Tendencias Sociales*. Madrid, Sistema, 1999.
- MORENO MÍNGUEZ, A.: «Las familias monoparentales en España», en *Revista Internacional de Sociología*, 26 (2000), pp. 39-63.
- OLSON, S. L. y BANYARD, V.: «Stop the World so I can get off for a While. Sources of Daily Stress in the Lives of Low-income Mothers of Young Children», en *Family Relations*, 42 (1993), pp. 50-56.
- REQUENA, M.: «Pautas contemporáneas de evolución de los hogares en España», en *Revista Internacional de Sociología*, 22 (1999), pp. 33-65.
- RICHARDS, L. N. y SCHMIEGE, C.: «Problems and Strengths of Single-Parent Families. Implications for Practice and Policy», en *Family Relations*, 42 (1993), pp. 277-285.
- RODRÍGUEZ, C.; LUENGO, N.; DE LA RED, T.; GONZÁLEZ, A. et al.: *Las familias monoparentales en Castilla y León*. León, Junta de Castilla y León, 2000.
- SIEGEL, J. M.: «Looking for Mr. Right? Older Single Women Who Become Mothers», en *Journal of Family Issues*, 16, 2 (1995), pp. 194-211.
- THOMSON, E.; HANSON, T. L. y MCLANAHAN, S. S.: «Family Structure and Child Well-Being: Economic Resources vs. Parental Behaviors», en *Social Forces*, 73, 1 (1994), pp. 221-242.
- TOBÍO, C.; ARTEITA, E. y FERNÁNDEZ CORDÓN, A.: *Estrategias de compatibilización familia-empleo. España, años noventa*. Madrid, Universidad Carlos III, Instituto de la Mujer, 1996.